

Catalina Navas

CAMINO DE HIELO

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Shutterstock

© 2019, Catalina Navas
© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8116-6
ISBN 10: 958-42-8116-X

Primera edición impresa en esta colección: septiembre de 2019
Segunda edición impresa en esta colección: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

A Andrea Velasco Blel

AGRADECIMIENTOS

A Miguel Ángel Manrique, por creer en Ada desde el primer momento. A Juan Álvarez por su lectura cuidadosa, porque su presencia que todo lo llena de alegría ha alimentado también esta historia.

LA TRIBU DE LOS LOBOS SALVAJES

Hubo un tiempo en el que todo era distinto a lo que conocemos hoy. Nuestros antepasados no vivían como nosotros en aldeas ni cultivaban su comida; no cosechaban los granos ni las frutas y tampoco vestían la lana de las ovejas. Aunque cueste creerlo, hubo una época en la que no podíamos hacer fuego.

Y nuestros perros, los que duermen con nosotros por la noche y con los que compartimos la comida; los perros que nos cuidan y a los que cuidamos desde cachorros, no existían.

Difícil de creer ¿verdad? Pues bien, la historia que voy a narrar a continuación ocurre en ese tiempo en el que todo era más frío y peligroso: un tiempo que ofrecía aventuras a cada momento.

Esta es la historia de una niña que con su valentía cambió la relación entre animales y humanos para siempre. Sabemos de ella porque la historia de sus hazañas ha pasado de generación en generación: las abuelas contaban este relato a sus nietas y ellas a las suyas. Imagínate una cadena de historias que corre hacia atrás, hasta el principio de los tiempos; así nos ha llegado este relato hasta hoy.

Algo ha cambiado en lo que se cuenta, es cierto, y eso es porque cada narrador le añade algo de su propia imaginación.

Pero puedo asegurar que los hechos más importantes sucedieron tal y cómo los contaré aquí.

Si la historia te gusta y se la quieres contar a alguien más, puedes añadirle algo, inventar algún detalle que la haga aún más emocionante.

Esta es la historia de Ada, una niña que vivió en la Edad de Piedra, de su amistad con un lobo salvaje y de cómo las aventuras que vivieron juntos cambiaron la historia de la humanidad para siempre.

SE DICE QUE HAY HOMBRES QUE NO VIVEN EN CAVERNAS

Ada iba apurada para su reunión alrededor de la hoguera. Se le había hecho tarde clasificando los frutos pequeños que su mamá le había dejado para que aprendiera a distinguir las bayas buenas de las que podían ser mortales. Kat le había entregado un saco de piel de venado lleno de frutos maduros y verdes para clasificar. Adentro había de todo: moras, fresas y arándanos. También había bayas amarillas con pequeñas manchas rojas que no se podían comer.

Si un recolector se equivocaba toda la tribu podría enfermarse. Ada se imaginaba a todos los adultos apretándose la panza y vomitando. Una escena terrible. En cambio, si los encargados de recoger la fruta hacían bien su trabajo, los niños se mancharían las manos y las mejillas con el jugo de intenso color rojo.

Ada separó los frutos buenos de los malos e hizo dos grupos para mostrárselos por la mañana a su mamá. Los llevó cuidadosamente a la sección de la cueva donde dormía su familia.

Salió corriendo. A Lía no le gustaba que los niños que oían sus historias junto al fuego llegaran tarde. Saltó por encima de las zonas de las otras familias dentro la caverna, se ajustó la piel que llevaba sobre los hombros porque hacía mucho frío. Pasó por la otra caverna donde dormían los dirigentes de la

tribu y sus familias y miró hacia adentro. No vio a Van, su mejor amigo.

Van era dos años mayor y parecía que todo lo hacía mejor que ella. Siempre llegaba a tiempo a las reuniones alrededor de la hoguera, era el más hábil seleccionando frutos silvestres y era capaz de tallar tres puntas de lanza en el tiempo que a Ada le tomaba tallar una.

Ada todavía recordaba la semana pasada cuando Dan, el papá de su amigo, había reunido a los niños de la tribu para practicar la fabricación de lanzas y hachas. Dan tomó un trozo de piedra y les mostró cómo pulirla para hacer una punta afilada que sirviera para cazar cerdos salvajes y venados. Antes de sentarse a pulir, Dan los había llevado a la zona rocosa donde les enseñó cómo reconocer el material que servía para fabricar herramientas. Aprendieron a identificar el sílex, una piedra dura que se rompía fácilmente si se chocaba con otra. Dan les mostró diferentes tipos de roca: una muy frágil que se volvía polvo si se apretaba en el puño de la mano, otra tan dura que no se dejaba trabajar fácilmente y unas piedras de colores brillantes que fascinaron a Ada.

La niña tomó un trozo de cuarzo azulado y se lo puso frente al ojo izquierdo. Levantó la mirada y se dio cuenta de que los rayos de sol atravesaban el cristal de roca.

—Dan, ¿para qué sirve esta piedra azul?

—Para nada, Ada. Se rompe fácil y no sirve para hacer puntas de lanza. Tampoco es lo suficientemente dura para hacer otras herramientas. Así que déjala ahí.

—Pero es bonita...

—¡Pero no sirve para nada! Bótala ya mismo.

—¿No podría llevarla conmigo?

—¡No! Si te veo perdiendo el tiempo con piedras inútiles, te las quito. Te las quito y las echo al río. ¿Entendido? No podemos estar cargando cosas que no sirven para nada. Hay que escoger muy bien lo que se va a llevar. Cada cosa añade su peso.

Ada no dijo nada y tiró al piso varias piedras de color azulado. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que Dan estaba ocupado empacando trozos de sílex en su bolsa de piel, recogió una, la más brillante de todas, y la guardó entre los pliegues de su ropa.

Después de aprender a reconocer las mejores piedras para pulir, los niños practicaron la talla de las puntas de lanza. Van había sido el primero en terminar. El trozo de sílex que había escogido Ada, en cambio, era débil y se había roto al primer contacto con la otra piedra. Dan lanzó una mirada de reprobación a Ada y dijo en voz alta mirando a su hijo:

—Algún día serás un gran cazador, Van.

Aquel no había sido un buen día para Ada: había tenido que tirar las piedras que tanto le habían gustado y la lanza que había intentado hacer le había salido chueca y luego se había roto. Suspiró y siguió corriendo hasta llegar a la hoguera donde ya estaban reunidos los niños alrededor de Lía.

Van la miró con ojos grandes, como preguntándole por su tardanza, y le indicó con un gesto que le había guardado un puesto junto a él, Ada se sentó a su lado aliviada. La historia de esa noche estaba por empezar. Lía miró a los ojos a cada uno de los niños. Era su manera de pedir silencio. Acercó sus palmas arrugadas al fuego y empezó a hablar:

—Se dice que hay otras tribus que no viven como nosotros en las cavernas. No se protegen de la nieve ni de los animales en las cuevas de roca sino que hacen sus refugios al aire libre —dijo la anciana.

Un murmullo de asombro y horror se oyó entre los niños. Nadie podía imaginar cómo sería vivir al aire libre, al acecho de las criaturas salvajes como los lobos, osos y jabalíes que amenazaban a los humanos por la noche.

—A una de estas tribus llegó una noche una manada de lobos salvajes. Los animales vinieron atraídos por el olor a comida que se expandía desde el centro mismo de la hoguera. Eran muchos. Antes de que alguien pudiera dar la voz de alarma, los lobos atacaron a la gente reunida alrededor del fuego, robaron la comida y se fueron. En la huida, una loba tomó un niño pequeño de la tribu y se lo llevó entre sus fauces. Recuerden que entre los lobos las hembras son más feroces y más peligrosas que los machos, ellas son las cazadoras y están acostumbradas a defender a sus crías con todo lo que tienen. No hay animal más peligroso en toda la naturaleza que una loba a la que espera una manada de cachorros hambrientos. Por eso nadie se atrevió a ir tras ella.

—¿Qué le pasó al niño? ¿Se lo comieron los lobos? —preguntó Ada alarmada.

—No se sabe. Es probable que se lo hayan comido. Aunque algunas personas dicen que han visto a un niño que no habla pero que gruñe y camina a cuatro patas como los animales salvajes. El niño salvaje huele a animal y si ve a un humano huye al bosque.

—¡Un niño-lobo! ¡Un niño criado por los lobos! ¡Si a mí me pasara eso, yo atacaría a ese animal con mi lanza filosa y volvería corriendo a la tribu! —dijo Van emocionado mientras alzaba los brazos en el aire e imitaba los movimientos de un cazador que ataca algo.

—No es tan fácil. Los lobos salvajes son muy peligrosos y comen niños, aunque sean valientes e inteligentes como tú —dijo Lía.

Ada y Van caminaron de vuelta a sus cuevas. Van habló todo el tiempo del niño-lobo y de lo terrible que sería vivir entre animales. Se despidieron y Ada caminó sola hasta encontrar la cueva donde vivía con su familia. Antes de entrar miró al cielo y pensó en el niño-lobo. ¿Cómo sería dormir todas las noches bajo las estrellas y no bajo el techo de piedra de la cueva? Despertarse en medio de la noche y no ver el techo de roca sino el cielo infinito. Despertarse con las primeras luces del sol y no con las voces de los adultos apurándose para empezar el día. Miró al cielo y se imaginó que los puntos de luz en el firmamento tenían formas humanas y animales. A su derecha había un oso que acechaba y mostraba los dientes, un cisne formado por cinco luceros, una lanza para cazar animales salvajes. Mantuvo la cabeza levantada. Sobre ella había un sendero blanco de estrellas que corría de un lado a otro del cielo oscuro. Le pareció que la huella blanca era un camino de hielo y se preguntó a dónde la conduciría si la siguiera. Pensó que tanto el cielo como la tierra estaban llenos de caminos que conducían a regiones inexploradas. ¿Qué pasaría si siguiera esos senderos que invitaban a la exploración y a la aventura?

Kat la llamó y ella entró. Se acurrucó en sus pieles y se quedó dormida pensando en el niño-lobo y en que cuando él durmiera seguramente lo haría protegido por una manada de animales suaves y cálidos. A ese niño-lobo sus compañeros le darían el calor que a ella y Van les daban las brasas de la hoguera que ya se estaba apagando. Pasó la mano por las pieles que la cubrían e imaginó que eran el cuerpo suave de un lobo que dormía junto a ella bajo el cielo claro y lleno de estrellas.

UNA TRAMPA EN EL HIELO

Ada era muy hábil tejiendo cestas para pescar. Su parte favorita era escoger ramas jóvenes con el grado correcto de firmeza y flexibilidad para entretejerlas y construir el cesto redondo que sumergirían en el lecho del río para capturar peces. Aunque a Ada no le importaba demasiado el resultado de la pesca, le gustaba mucho pasar horas en los alrededores de la cueva buscando los mejores materiales.

Había pasado la mañana doblando y tejiendo ramas hasta que quedó satisfecha con el resultado. Cuando terminó, se echó el cesto a la espalda y fue a buscar a Van para que la acompañara a pescar. Estaba feliz porque los días empezaban a ser más cálidos y aunque el lago estaba congelado todavía, ya se veían los delgados hilos de agua por donde, en poco tiempo, nadarían salmones y truchas.

Los niños corrieron hasta el lago congelado. Allí, con piedras, abrieron un boquete para dejar el cesto que Ada había tejido. Pusieron la trampa en el agua y acordaron volver más tarde. Jugaron en la orilla del lago a perseguirse y a deslizarse por el hielo. Corrían y luego se tumbaban en la superficie lisa y helada y se resbalaban a toda velocidad sintiendo el frío que marles las manos y las piernas.

Ada estaba tumbada en el hielo, descansando un momento, cuando oyó un crujido y un grito. Se levantó asustada y buscó a su amigo con la mirada. No lo vio. Miró en todas direcciones, sintiendo cómo el corazón le golpeaba en el pecho. Se levantó y vio en el centro del lago un boquete mucho más grande que el que ellos habían abierto para dejar la trampa.

Se dio cuenta de que Van había caído al agua helada y recordó las historias de niños pequeños e incluso de adultos que había caído al hielo y de cómo habían muerto porque nadie los había sacado del agua helada rápidamente. Su primer impulso fue lanzarse a rescatar a Van pero se detuvo. Si corría hacia el centro del lago era probable que ella también cayera y en ese caso los dos morirán sin ser encontrados por la tribu. Pensó: ir corriendo y volver le tomaría mucho tiempo, no era posible llamar a pedir ayuda; lo que hubiera que hacer por Van tendría que hacerlo ella sola.

Miró a su alrededor buscando algo que pudiera servir para que Van se agarrara. No vio nada que pudiera ser útil. En ese momento recordó las ramas fuertes y flexibles con las que había tejido su cesto. Corrió hasta la orilla del lago donde habían hecho el boquete, metió las manos en el agua helada y sintió el dolor en los huesos. Supo que tenía que apurarse. Deshizo el cesto con gestos frenéticos y anudó las ramas por los extremos haciendo una vara larguísima y flexible para que Van se agarrara a ella. Se aproximó al centro del lago y le gritó a su amigo:

—Sostén la vara con las dos manos. Yo te saco.

Van se sujetó a las ramas anudadas y Ada empezó a halar. Van era dos años mayor que ella y mucho más pesado. Sintió la diferencia entre ellos, sintió el dolor en sus músculos al

esforzarse más de lo que alguna vez lo habían hecho. Haló con todas sus fuerzas hasta que vio la cabeza de Van salir a la superficie. Su amigo se apoyó en el hielo que todavía conservaba algo de firmeza, puso las manos y se impulsó. Descansó unos segundos en el hielo sin poder moverse. Ada volvió a halar y esta vez fue más fácil porque la superficie lisa del lago congelado hacía que el cuerpo de Van se deslizara con rapidez.

Ada lo arrastró hasta la orilla. Aunque su amigo tenía los ojos cerrados y la piel de los labios ligeramente azulada, todavía respiraba. Se soltó las correas que ajustaban la piel a sus hombros y cubrió a Van con ella. Lo arrastró hasta una zona seca alejada del hielo y corrió en dirección a la cueva a dar aviso de lo que había pasado.

Corrió con toda la fuerza de sus piernas y cuando llegó a la tribu empezó a dar gritos. Las mujeres que estaban cocinando se reunieron a su alrededor y oyeron su relato, dieron la voz de alarma y un grupo de hombres y mujeres cargados con pieles corrió en busca de Van que yacía a la intemperie.

Cuando llegaron al lago congelado envolvieron al niño en las pieles que habían llevado, lo alzaron y lo cargaron de vuelta a la tribu. Le dieron sopa caliente y lo acostaron junto a una hoguera que encendieron llevando una brasa desde la fogata principal.

Ada tenía miedo: no sabía si su mejor amigo se iba a recuperar. Entró hasta el espacio que ocupaba con su familia y en una esquina se hizo un ovillo a esperar. Temblaba de miedo y de culpa. Esa noche en la cueva de los cazadores se oyó hasta muy tarde el llanto suave de una niña.